

Tres robles

Venía de Solovki un peregrino, cegatón. En cuántos monasterios no estuvo, ante cuántos iconos y reliquias no se postró, pero sus ojos no se abrieron. Caminaba el peregrino, levantando polvo con sus abarcas, golpeando el camino con su bastón. No sabía adónde ir, dónde buscar un milagro.

Se inclinaba la tarde hacia el ocaso. Cansado estaba el peregrino, le entró hambre. Se apartó del camino a un lado, tanteó alrededor con el bastón. El bastón golpeó una piedra.

Se sentó sobre ella el peregrino, sacó de su alforja un trozo de pan duro, se santiguó y comenzó a comer.

En aquel lugar donde se sentó el peregrino, había tres robles. Estaban juntos, entrelazadas sus ramas como hermanos de sangre. Eran fuertes, altos y frondosos.

Sentado está el peregrino, comiendo su trozo de pan, y de pronto oye:

—Otra vez, hermanos, ha venido un hombre a nosotros. Pidiámosle que rece por nosotros.

—No lo hará. Cuántos han venido... Cada uno va a lo suyo, ¿quién va a rezar por nosotros?

—Si no tuviera que contar mi pecado, quizás alguien sí rezaría, pero cada cual piensa: tal pecado no puede ser expiado.

Se maravilló el peregrino: ¿qué es esto?, piensa, qué extrañeza, ¿quién habla así? Las voces son tan apagadas, como si vinieran de bajo tierra.

—Somos nosotros, hombre de Dios, los robles. Tres estamos aquí junto al camino, tres ladroncillos. Nos castigó el Señor, encerró nuestra alma en carne de madera... Te confesaremos, y tú reza por nosotros, hombre de Dios.

—Yo también querría rezar —dijo el peregrino—, pero mis oraciones no llegan hasta Dios. Cuántos años llevo rezando, y sigo ciego.

—Reza, peregrino —piden los ladrones—, te contaremos nuestros pecados.

—Bien, contad.

Rugió el roble de la derecha, como si sacudiera la cabeza:

—Pesado me es... ¡ay, cuán pesado! —comenzó, y contó cómo durante casi treinta y tres años anduvo con una banda desbocada por el río Oká. Cuántas almas fueron destruidas, nadie las contó; cuánta sangre derramada, todo un mar... De todos los pecados, uno solo queda más grabado: mató en el bosque a una doncella... Recogía ella frambuesas dulces. La ultrajó, y luego clavó un cuchillo afilado entre sus pechos blancos, y la colgó por las trenzas de una rama alta.

Rugió el roble del medio, hasta hacer caer las hojas.

Contó él:

Robaba en el río Volga. Cuántas almas fueron destruidas, nadie las contó; cuánta sangre derramada, todo un mar. Un pecado entre todos es el más memorable: una vez llegó a un eremitorio junto a un ermitaño, y el ermitaño comenzó a instruirle:

«No —dijo—, para ti no hay perdón». Estas palabras le hirieron el corazón. Lo golpeó con su maza y se marchó...

Tembló el roble de la izquierda, vaciló:

—Terrible es mi pecado, no hay otro más pesado en el mundo. No rezarás por mí, peregrino. Te irás sin escuchar hasta el final. —Y contó Vasili cómo fue capturado por el voivoda. Lo torturó el voivoda, preguntándole por sus camaradas, aunque todos sus camaradas no eran sino una maza y un cuchillo de acero. Le prometió el voivoda que, si denunciaba a otros, le cortarían la mano derecha y lo dejarían libre. Y él, lleno de miedo, comenzó a acusar a quienquiera que fuese, y para que el voivoda creyera firmemente sus palabras, acusó incluso a su propia madre.

—Sí, pesados son vuestros pecados —suspiró el peregrino—, pero aun así rezaré por vuestras almas pecadoras.

Se arrodilló el peregrino y comenzó a orar. Oró durante quince años. Los cuervos le traían agua y pan. Desgastó con sus rodillas la piedra de pedernal...

Primero cayó el roble de la derecha. Salió de él el alma del ladrón.

Dijo el alma: «Claro y gozoso me siento».

Segundo cayó el roble del medio. Salió de él el alma del ladrón. Dijo el alma: «Claro y gozoso me siento».

Pero el tercer roble sigue en pie, tal como estaba.

Oraba el peregrino hasta llorar lágrimas de sangre; aún no había perdón para el tercer ladrón.

—¡Señor! —exclamó una vez el peregrino desesperado—, te pedí que abrieras mis ojos. Si existe un pecado que Tú no puedas perdonar, entonces no quiero ver la luz blanca y prefiero permanecer ciego hasta la muerte.

Y entonces cayó el tercer roble. Salió el alma del ladrón, dijo: «Claro y gozoso me siento».

Y al anciano se le abrieron los ojos, y alabó al Señor por Su sabiduría y misericordia...